

VIDA SOCIAL

Ustedes por supuesto ya deben saber lo que me pasó en la cena de los Martínez Roaro, aquí se sabe todo, nada se puede ocultar. La verdad es que a mí me vale. Piensen y digan lo que quieran de mí. Pues sí, soy ranchero, rancherote como ustedes han de decir. Rancherote mal educado, que no sabe usar los cubiertos, que no sabe tener una conversación agradable -y agradable para ustedes es hablar de compras, de criadas, de dinero, de hijos, de suegras-. Sus maridos no se salvan, sólo que ellos tienen otra plática: los negocios, también el dinero, el futbol, la política y párele usted de contar. Yo al principio les platicaba de la tierra, de las siembras, de las lluvias, de los amaneceres, de cómo parió la vaca, de la cosecha de sorgo, del frío y el calor, de los cantos y bailes de la región, del toque de las campanas al mediodía, de las hojas amarillas del otoño, de las parvadas de aves. Ustedes me escucharon la primera vez, bostezando, pero me escucharon. Las siguientes veces cambiaron de plática y volvieron a lo suyo. ¿Para qué me pides que vaya? Le pregunto siempre a mi mujer. Ella no contesta directamente, me dice que somos un matrimonio, que ella no se puede presentar sola. Después me recita la lista de los asistentes diciendo que me voy a divertir. Y ahí voy. Desde que llego me zumban con las llamadas botanas, todas bonitas pero horribles de sabor. De beber en lugar de un buen trago te dan sus cocteles. Y la cena, la bendita cena, fúchila. Todos los platillos sin sabor, sin picante. Y nada de tortillas, puros cuernitos. Será para que no se hable de los otros cuernos que ellas ponen. Vaya usted a saber. Yo con la boca cerrada. Cerrada para no comer esas porquerías y cerrada porque me lo pide mi mujer. No vayas a decir tonterías como acostumbras, no se te ocurra hablar de vacas, toros y becerros, no se habla comiendo, no comentes lo que no te gusta, todo te debe gustar. La lista es larga y aún no me la aprendo a pesar que me la

repite cada vez que salimos. La cena de los Martínez Ruaro, que es la de la ayer no era sólo elegante, era elegantísima. Juro que hice mi esfuerzo mejor para estar a esa altura. Sonreí, hablé de futbol con los hombres y de la barata del Palacio con las mujeres. Mi mujer por primera vez me sonrió y me mandó un beso. Tengo que decir que a ella la sentaron en el lado opuesto de donde yo estaba. A mí me pusieron junto a la dueña de la casa que es la peor de todas sus amigas, la más creída, la más pesada. En mi otro lado se sentó Doña Eulogia, que amenazó desde que llegó de recitar al final de la comida. Es una vieja con nariz parada y beata a morir. Yo amablemente le dije que si le podía servir una copa de vino, ella dijo que no, que no bebía, que muchas gracias, que yo era muy amable. Y sí, esa noche fui amable con todos pues ya me cansé de pelear con mi mujer cada vez que salimos.

De regreso a la casa no me dirigió una sola palabra, cosa que me extrañó pues pensé que me iba a felicitar por mi comportamiento. En silencio subió a la recámara, se cambió, se acostó. Yo hice lo mismo. De repente se echó a llorar, no poquito, sino mucho, como si le hubiera yo pegado o algo así. Qué tienes, le pregunté. Nada, contestó seca. ¿Estás enojada por algo? Eso quiero saber, ese algo, contestó. No entiendo, dije yo. Me preguntó que por qué todas las personas que estaban junto a mí se habían levantado y se habían alejado del lugar.

- ¿Que hiciste o qué dijiste?

-No dije nada, al contrario, estuve amable como tú me pediste.

- Si no dijiste, algo tuviste que hacer. No es natural que todos te huyeran.

- Ya me acordé. Es que tus amigos son tan delicados...

- ¡Contesta! ¿Qué hiciste?

- Me imagino que lo que pasó es que me eché un viento.

- ¿Qué?

- Que me eché un viento, que es como tú pides que se llame a los pedos.

¿O no es así?

Mi mujer se desmayó como acostumbra, yo tuve que echarle agua. ¿Verdad que todo esto ya lo sabían? No, si a ustedes no se les va ni una.

Tomás Urtusastegui

Marzo 2006